

## La noche lúcida

Marisol García

Dibujo: Arturo Torres



No es necesario buscar ideas más disparatadas de parte del alcalde Sabat que esa de botar abajo el Estadio Nacional para acabar con la violencia de las barras bravas. Su absurda analogía entre delito y arquitectura fue deudora fiel de otra aberración conceptual previa: creer que Ñuñoa se curaría de su alcoholismo crónico tan sólo cerrando más temprano sus bares y pubs.

No es justo asociar camaradería y vicio; tampoco parece certero seguir cargándole a la noche la cruz de borrachera y disparates que le endilga el discurso no ya conservador, sino derechamente flojo. Donde el estudiante universitario insiste en encontrar sólo mareo y sobremesa infinita, una mente lúcida aprovechará los recovecos de verdad que permite la conversación más distendida, las formas laborales olvidadas y el recelo diurno desprevenido. Esto no es una apología a los modales nocturnos del abstemio, sólo un acto de justicia con la mirada limpia y alerta de la noche experimentada con nitidez. La literatura rara vez la saluda, porque al escritor le acomoda enfundarse en los ropajes gruesos del análisis, digamos, estimulado. No son los escritores gente siempre ocurrente. Tímidos, su alabanza al alcohol es siempre en plan imitativo, bravucón, como si el chocar de vasos los iniciara en una cofradía selecta que tiene en Bukowski y todo su excesivo personaje al principal

inspirador. Pero Bukowski fue uno y no fue feliz. Los literatos alcoholizados son más confiables cuando son chilenos, quizás. Jorge Teillier hizo sincero análisis de sus compañeros de barra: “el *curado* chileno encuentra en el bar su lugar metafísico, en donde está libre de la rutina cotidiana, y por algo un amigo mío decía *quiero mucho a mi bogar porque es mi segundo bar*”.

Pero también puede decirse que uno adora su casa porque al fin ahí no hay bares. La noche en plan de copas no tendría la popularidad que tiene de no ser un espacio excepcional. Como se recuerdan las risas de las noches de relax junto a una segunda y tercera botella, se atesoran las conversaciones sin tiempo que sólo permite la noche desahogada, porque el apuro es del día y el día es de la casa. Pero las empatías se sienten más intensas cuando parecen descubrimiento y no colectiva camaradería. Los besos van en serio y las llamadas, más nerviosas, cuando surgen desde la voluntad y no de la inercia. Las promesas de matrimonio son sólo creíbles hasta las 7 PM; el alcohol de la noche las reduce a simples piropos. La noche lúcida se vive no mejor pero sí más profundamente. Porque es la noche cuidada y selecta, aún virgen del cliché. Se la puede teorizar, pero es muchísimo más noche cuando se la vive. Y el recuerdo nítido de las mejores noches es el secreto tesoro de nosotros, los abstemios.